

Sebastián, Miguel Ángel, *El problema de la consciencia. Una introducción crítica a la discusión filosófica actual*, Madrid: Ediciones Cátedra, 2022, 198 pp.

Este libro es una magnífica adquisición para todos los interesados en introducirse en el problema filosófico de la consciencia desde las coordenadas de la filosofía analítica. La obra está escrita bajo el imperativo de la claridad y precisión conceptual. Su labor de síntesis es brillante. No obstante, los temas de los que trata el libro no son fáciles, pero Miguel Ángel Sebastián logra exponerlos volviéndolos francamente accesibles.

Este libro trata concretamente el problema de la consciencia en los debates de filósofos anglófonos desde los años setenta. Tras elaborar un brevísimo recorrido del problema de la consciencia en la Modernidad y la primera mitad del siglo XX, Sebastián deja claro su punto de partida y los motivos que lo impulsan a comenzar por los años setenta: «debemos trasladarnos a los años setenta del siglo pasado, y hasta ahí era donde pretendía llevarnos el paseo. Este sería nuestro verdadero punto de partida en el viaje que estamos a punto de iniciar. Es en esta década cuando una serie de trabajos en filosofía analítica vuelven a interesarse en la naturaleza de la mente y, más concretamente, en la consciencia, redefiniendo los términos en los que se da el debate» (p. 17)

En general, es llamativa la destreza con la que el autor conoce las argumentaciones, y también su indudable manejo de los escritos de Chalmers, que aparece citado en todos los capítulos del libro. No obstante, esta obra no es una mera recapitulación de las ideas de Chalmers, ni tampoco un *versus* con Chalmers. Es más, tampoco es solamente un recorrido de posiciones respecto al problema mente-cuerpo, sino que tiene intención de aportar algo novedoso, lo que queda reflejado desde que expone la tarea del libro: «presentar cuidadosamente el problema y las herramientas que nos permiten entender el debate filosófico actual en torno al mismo para ofrecer, finalmente, una solución novedosa que permita dar cuenta del problema

mente-cuerpo y de la perplejidad que suscita» (p. 14). Además, es cierto que el problema de la consciencia, desde la analítica, es un tema que en español ha sido tratado más pobremente que en otros países. Esto provoca que el libro se vuelva necesario en nuestro contexto actual (p. 22). Sin más dilación, parece necesario sacar a relucir algunas ideas muy sugerentes de los distintos capítulos de este libro.

El primer capítulo trata de marcar el tema del libro con precisión. La delimitación de Sebastián es la consciencia fenoménica que está caracterizada desde dos puntos: lo cualitativo y lo subjetivo. El carácter cualitativo de la consciencia fenoménica está separado de lo que popularmente se conocen como *qualia*, y el autor nos comenta que, para no incurrir en esta confusión, «el término `propiedad cualitativa´ me parece preferible» (p. 42). Así, estas propiedades son las que experiencia la consciencia. Por consiguiente «el carácter cualitativo de la experiencia resulta simplemente de la combinación aditiva de propiedades cualitativa más simples –como puedan ser la rojez o la redondez» (p.43). Por otra parte, el carácter subjetivo es la manera singular de la experiencia de las propiedades cualitativas. Nadie experiencia exactamente igual un objeto, sino que en la experiencia hay algo que es propio de cada uno de nosotros: «sea cual sea el carácter cualitativo de la experiencia particular, hay algo como lo que es *para mí* tenerla. Esta *para-mí-idad* es lo que se conoce como carácter subjetivo» (p. 43). Tras el carácter cualitativo y subjetivo, el otro punto del capítulo es la intencionalidad (pp. 45–48). No obstante, no es lo esencial del libro, sino que Sebastián explícitamente lo aparta: «pretendo en lo sucesivo permanecer neutral respecto a cuestiones alrededor del vínculo entre consciencia e intencionalidad» (p. 48). Ahora bien, el autor sagazmente ha mostrando tener conocimiento sobre la intencionalidad y su relación con la consciencia. Se adelanta a propósito a una posible crítica apartando de su obra el rol de la intencionalidad. Esta inteligente maniobra consigue que Sebastián pueda centrarse en su escrito en la consciencia sin tener que entrar en el confuso problema de la intencionalidad, lo que le hace ganar claridad.

El capítulo segundo versa sobre el materialismo. Sebastián es consciente de que actualmente la mayoría de las personas son materialistas. No obstante, se mantiene objetivo al respecto y no presenta los problemas que hay para la consciencia si se inserta en una órbita materialista, sino que se limita a la exposición del problema –y respuestas– de la relación entre propiedades físicas y propiedades fenoménicas. De ahí resulta especialmente relevante el *compromiso* del materialismo y la *supervivencia* –que debido a la extensión de la reseña y a la popularidad de dichos términos, no voy a recoger. Generalmente, como expresa Sebastián, «el materialista sostiene que las propiedades fenoménicas dependen de algún modo de las físicas, una idea que puede ser expresada mediante la noción de fundamentalidad (*grounding*)» (p. 55). Tras esta exposición, entonces pasa a exponer qué y cuáles son las propiedades físicas y qué teorías existen al respecto para, luego, culminar con una explicación detallada del funcionalismo. Este último tiene cabida dentro de su obra pues identifica las propiedades fenoménicas con propiedades funcionales. Pero lo más llamativo, a mi juicio, es el encaje perfecto que establece Sebastián entre funcionalismo y materialismo. El funcionalismo, de entrada, se mantiene neutral respecto al materialismo. Pero es precisamente esa neutralidad lo que le permite encajar. Sin lugar a duda, es un recorrido muy apropiado del materialismo y la consciencia que permite un acercamiento muy ameno al tema.

En el tercer capítulo Sebastián expone varios argumentos contra el materialismo. El objeto de discusión principal al que Sebastián se enfrenta es el argumento del conocimiento, sustentado por el célebre escenario hipotético de Mary, ideado por Jackson. Con esto, Jackson pretendía manifestar que hay una *brecha explicativa* (bautizado así por Levine) al tratar de explicar los hechos fenoménicos desde los términos de los hechos físicos. Da igual cuán avanzados esté nuestro conocimiento acerca de los hechos físicos: siempre habrá una brecha inevitable. Y, además, de ahí se desprende una crítica muy poderosa al materialismo como consecuencia. Quizá de ahí la pugna de Sebastián con el argumento del conocimiento (pp. 75–89). Estas

críticas le guían sugerentemente a estudiar las diferencias metafísicas para ver el trasfondo con mayor lujo de detalles. Eso le lleva a su cuarto capítulo.

El cuarto capítulo consiste en un recorrido expositivo entre dualismo, panpsiquismo, materialismo *a priori* y materialismo *a posteriori*). Sebastián diferencia al dualismo del materialismo, y bajo el rótulo del materialismo, él posiciona a las tres últimas, o sea, al materialismo *a priori*, al materialismo *a posteriori* y también al panpsiquismo. De acuerdo con Sebastián, el dualismo rechaza al materialismo. Pero también hay que ser cuidadoso con el concepto de *dualismo*, pues no es lo mismo el dualismo de sustancia que el dualismo de propiedades. Aunque, como es ya todo un clásico, el dualismo tiene el problema de la interacción entre las sustancias. Además, entra también con el epifenomenismo, el cual critica especialmente desde Chalmers. Luego aborda el panpsiquismo, que sería la doctrina que sostiene que los entes más fundamentales del mundo tienen una mente. De ser así, entonces la consciencia es ubicua y está injertada en el nivel más fundamental en tanto que es constituyente de todo lo que existe en el universo. Aunque Sebastián no sea panpsiquista, parece respetar a esta postura, y como comenta con honradez filosófica «la ubicuidad de la consciencia resulta una tesis altamente contraintuitiva, pero uno debe estar dispuesto a renunciar a algunas intuiciones en pos de dar una caracterización adecuada de la consciencia –en especial si, como pretende el panpsiquismo, puede ofrecer las ventajas del materialismo y del dualismo al tiempo que evita sus problemas» (p. 117). Tras esto, expone y muestra con cierto aparataje lógico-argumentativo las dos posturas restantes: el materialismo *a priori* y el materialismo *a posteriori*. Ambos resultan claros, aunque también muestra las críticas que se le han establecido. Popularmente, el materialismo se ha defendido y escudado la estrategia de los conceptos fenoménicos, que precisamente ataca a la brecha epistémica. Al ser así, entonces «la *estrategia de los conceptos fenoménicos* mantiene que los conceptos fenoménicos son especiales y que los argumentos antimaterialistas toman su fuerza, precisamente, de no comprender esa naturaleza especial» (p. 139). Por otro lado, las

reflexiones de Sebastián le llevan a ser crítico también con esta estrategia, pues se basa en atacar a los argumentos antimaterialistas invalidándolos, pero eso no demuestra que exista un materialismo. Es decir, «la estrategia de los conceptos fenoménicos es esencialmente una estrategia defensiva» (p. 154).

Presentado así el debate sobre la relación mente-cuerpo, parece que no hubiera solución posible. Al terminar de leer el último capítulo, es normal que el lector se sienta abatido y piense que es un problema sin solución. De ser así, siga leyendo: el siguiente capítulo es la propuesta de Sebastián. De manera ingeniosa, hay un salto de *el problema difícil*, de Chalmers, a la propuesta de Sebastián como *el problema no-fácil*. En esta reseña, solo voy a presentarlo por motivos de longitud del texto. Este capítulo es muy sofisticado y el lector debe atenderlo seriamente. En primer lugar, examina la intuición siguiendo a Kripke. Este trata de mostrar que es aceptable que la intuición entre apariencia y realidad coinciden en la consciencia. Esta aceptación solo es posible si se parte de que las experiencias conscientes no son distintas del acceso cognoscitivo que tenemos de ellas. Sin embargo, autores como Block han considerado que esta distinción está bien fundamentada y empíricamente probada. Sebastián, sagazmente, toma esta idea más crítica, y, partiendo de ella, las usa para desinflar el problema difícil. El núcleo reside en que las experiencias conscientes puedan ser disociadas del acceso cognoscitivo a las mismas y que, por otra parte, la formación de los conceptos fenoménicos dependa del acceso cognoscitivo que tenemos de ellas, y no de las experiencias. Es gracias a esto que el problema difícil pasa a ser un problema no-fácil, es decir, un problema menos duro, quizá más accesible. De este modo, el libro termina con elegancia, presentando un nuevo problema al que los filósofos debemos atender en el futuro e instando a la colaboración de los investigadores: «lo que pretendo remarcar, por el contrario, es que la posibilidad de que haya una disociación entre acceso cognoscitivo y consciencia, si bien nos ha permitido disolver *el problema difícil* de la consciencia, nos deja, no obstante, con un *problema que no es fácil*. La fascinación y el desafío

Sección Bibliográfica

que nos plantea el estudio de la consciencia sigue siendo firme, llamando a la colaboración entre distintas disciplinas para lograr entender la naturaleza de este fenómeno» (p. 185).

Concluyentemente, este libro interesará a filósofos analíticos, pero también a todo aquel que quiera tener un recorrido sistemático de las argumentaciones sobre el problema de la consciencia desde los setenta hasta la actualidad. Verdaderamente, es una buena obra no solo por cómo está escrito y por su rigurosidad, sino por otros dos motivos. El primero es que, efectivamente, y como se comenzó esta reseña, en español hay muy poco publicado sobre esto. Por lo que esta obra apunta a poder ser un clásico en la literatura científica en español. Y, en segundo lugar, Sebastián ha propuesto algo novedoso y que, verdaderamente, está argumentado con una solidez más que plausible. Eso no lo hace cualquiera. Por lo que debemos reconocer el mérito de este autor y, en tanto que tenemos acceso a esta obra, lanzarnos a reflexionar sobre el *problema no-fácil* que nos propone el autor.

Andrés Ortigosa
ortigosaandres@gmail.com

